

Percival Everett

James

PULITZER
DE FICCIÓN
2025
—
NATIONAL
BOOK AWARD
2024



DE CONATUS

Percival Everett

James

Traducción
Javier Calvo

UNA COEDICIÓN



Seix Barral

DE CONATUS

CAPÍTULO 1

Los cabroncetes estaban escondidos entre la hierba alta. La luna no acababa de estar llena, pero daba mucha luz y la tenían detrás, así que yo los podía ver perfectamente, aunque fuera noche cerrada. Las luciérnagas centelleaban sobre el fondo negro. Me esperé en la puerta de la cocina de la señorita Watson y meneé con el pie un escalón que estaba suelto, sabiendo que al día siguiente me diría que lo arreglara. Estaba esperando a que me diera una bandeja de pan de maíz que había hecho con la receta de mi Sadie. Esperar ocupa una gran parte de la vida del esclavo; esperar y esperar para volver a esperar. Esperar exigencias. Esperar comida. Esperar a que se acabe el día. Esperar la justa y merecida recompensa cristiana al final de todo.

Los críos aquellos, Huck y Tom, me estaban vigilando. Siempre jugaban a que yo era un villano o bien su presa, pero en cualquier caso me usaban de juguete. Se dedicaban a dar brincos por ahí con los ácaros, los mosquitos y demás bicharracos, pero nunca se me acercaban. Siempre conviene darles a los blancos lo que quieren, de forma que salí al patio y grité a la oscuridad:

—¿Quién ronda por ahí a oscuras?

Se movieron con torpeza y soltaron risas. Aquellos no habrían podido pillar por sorpresa ni a un tipo sordo y ciego con una orquesta tocando de fondo. Puestos a perder el tiempo, habría preferido perderlo contando las luciérnagas que prestándoles atención a ellos.

—Supongo que me quedaré sentao aquí en el porche a vigílá, a ver si oigo otra vez ese ruido. Lo mismo hay algún demonio o alguna bruja ahí fuera. Voy a quedarme aquí, en lugar seguro. —Me senté en el escalón superior y apoyé la espalda en el poste. Estaba cansado, así que cerré los ojos.

Los críos hablaban en voz baja, excitados; yo los oía tan claro como la campana de una iglesia.

—¿Ya se ha dormido? —preguntó Huck.

—Creo que sí. He oído que los negros se pueden dormir así —dijo Tom, chasqueando los dedos.

—Chist —dijo Huck.

—Yo digo que lo atemos —dijo Tom—. Que lo atemos al poste ese del porche en el que está apoyao.

—No —dijo Huck—. ¿Y si se despierta y arma un buen barullo? Entonces me trincarán por estar fuera y no en la cama, que es donde debería estar.

—Bueno, vale. ¿Pero sabes qué? Necesito velas. Me voy a meter en la cocina de la señorita Watson y coger unas cuantas.

—¿Y si despiertas a Jim?

—No voy a despertar a nadie. Cuando un negro duerme, no lo despiertan ni los truenos. ¿Es que no sabes ná? Ni los truenos ni los rayos ni un león rugiendo. Me han contaó que hubo uno que no se despertó ni con un terremoto.

—¿Cómo crees que será estar en un terremoto?

—Como cuando te despierta tu padre en plena noche.

Se acercaron a hurtadillas con torpeza, gateando y arrancando un montón de chirridos a los tablones del porche, y entraron por la puerta holandesa de la cocina de la señorita

Watson. Los oí rebuscar dentro, abriendo puertas de armario y cajones. Mantuve los ojos cerrados y no hice caso de un mosquito que me aterrizó en el brazo.

—Aquí están —dijo Tom—. Voy a coger tres.

—No te puedes llevar las velas de una pobre vieja —dijo Huck—. Eso es robar. ¿Y si le echan las culpas a Jim?

—Mira, le voy a dejar cinco centavos. Con eso hay de sobra. No sospecharán de un esclavo. ¿De dónde iba a sacar un esclavo cinco centavos? Ya, vámonos antes de que aparezca la vieja.

Los críos salieron al porche. No creo que se dieran cuenta de todo el ruido que estaban haciendo.

—Deberías haber dejao una nota también —dijo Huck.

—No hace falta tanto —dijo Tom—. Con cinco centavos sobra. —Noté que sus miradas se dirigían a mí. Me quedé muy quieto.

—¿Qué haces? —dijo Huck.

—Le voy a gastar una broma a Jim.

—Lo que vas a hacer es despertarlo.

—Calla.

Tom se me puso detrás y me cogió el ala del sombrero por encima de las orejas.

—Tom —protestó Huck.

—Chist. —Tom me levantó el sombrero de la cabeza—. Le voy a colgar el sombrero del clavo este.

—¿Y qué consigues con eso?

—Pos que cuando se despierte creerá que ha sido una bruja. Cómo me gustaría estar aquí para verlo.

—Vale, ya está en el clavo, vámonos —dijo Huck.

Alguien se movió dentro de la casa y se echaron a correr, doblaron la esquina a pleno galope y pusieron pies en polvorosa. Oí los pasos que se alejaban.

Entonces apareció alguien en la cocina y se detuvo en la puerta.

—¿Jim? —Era la señorita Watson.

—¿Sí, señora?

—¿Estabas durmiendo?

—No, señora. Estoy muy cansao, pero no dormía.

—¿Estabas en mi cocina?

—No, señora.

—¿Había alguien en mi cocina?

—No he visto a naide, señora. —Y era del todo cierto, porque había tenido los ojos cerrados todo el tiempo—. No he visto a naide en su cocina.

—Bueno, aquí tienes el pan de maíz. Le puedes decir a Sadie que me ha gustado su receta. Le he hecho un par de cambios. Ya sabes, para refinarla.

—Sí, señora, se lo diré.

—¿Has visto a Huck? —preguntó.

—Lo he visto antes.

—¿Hace cuánto? —dijo.

—Un rato —dije.

—Jim, te voy a hacer una pregunta. ¿Has estado en la biblioteca del Juez Thatcher?

—¿En su qué?

—Su biblioteca.

—¿La sala esa donde tíe los libros?

—Sí.

—No, señora. He visto los libros, pero no he estao en la sala. ¿Po qué me lo pregunta?

—Oh, porque ha encontrado unos libros fuera de los estantes.

Me reí.

—¿Qué iba a haser yo con un libro?

Ella se rio también.

El pan de maíz venía envuelto en un paño fino y yo tenía que ir cambiando de sitio las manos todo el tiempo de tan caliente que estaba. Me pasó por la cabeza probarlo porque tenía hambre, pero quería que Sadie y Elizabeth lo probaran primero.

Nada más entrar por la puerta, Lizzie vino a mí corriendo, olisqueando el aire como un sabueso.

—¿Qué es eso que huelo? —me preguntó.

—Me imagino que será este pan de maíz —le dije—. La señorita Watson ha usado la receta especial de tu madre y la verdad es que huele bien. Me ha informado, eso sí, de que ha hecho un par de alteraciones.

Sadie se me acercó y me dio un beso en los labios. Me acarició la cara. Tenía la piel y los labios suaves, pero sus manos eran igual de ásperas que las mías por culpa de trabajar en los campos; seguían siendo agradables, eso sí.

—Me aseguraré de devolverle el paño mañana. Los blancos siempre se acuerdan de esas cosas. Te juro que creo que dedican un rato cada día a contar los paños, las cucharas, las tazas y esas cosas.

—Así es. ¿Te acuerdas de aquella vez que olvidé devolver el rastrillo al cobertizo?

Sadie puso el pan de maíz en el bloque de madera —un tocón, en realidad— que usábamos de mesa. Lo cortó. Nos pasó unos pedazos a Lizzie y a mí. Di un bocado y Lizzie también. Nos miramos.

—Pero si olía bien —dijo la niña.

Sadie cortó un pedazo muy fino y se lo metió en la boca.

—En serio, el talento de esa mujer no está en la cocina.

—¿Me lo tengo que comer? —preguntó Lizzie.

—No hace falta —dijo Sadie.

—¿Pero qué le vas a decir cuando te pregunte? —le pregunté.

Lizzie carraspeó.

—Señorita Watson, nunca en mi vida m'he comió un pan de maíz como ese.

—Mejor «nunca en la vida mía» —le dije—. Es la gramática incorrecta correcta.

—Nunca en la vida mía m'he comió un pan de maíz como ese —dijo.

—Muy bien —le dije.

Albert apareció en la puerta de nuestra cabaña.

—¿Sales, James?

—Salgo enseguida. Sadie, ¿te importa?

—No, anda —dijo.

Salí y caminé hasta la fogata, donde estaban sentados los hombres. Me dieron la bienvenida y me senté. Hablamos de lo que le había pasado a un fugitivo de otra granja.

—Sí, le han dado una buena paliza —dijo Doris. Doris era un hombre, pero a los esclavistas no parecía haberles importado cuando le pusieron el nombre.

—Van a ir todos al infierno —dijo el viejo Luke.

—¿Qué te ha pasado a ti hoy? —me preguntó Doris.

—Nada.

—Algo te debe de haber pasado —dijo Albert.

Estaban esperando a que yo les contara alguna historia. Por lo visto era algo que se me daba bien, contar historias.

—Nada, solo que hoy he sido transportado a Nueva Orleans. Aparte de eso, no ha pasado nada.

—¿Qué? —dijo Albert.

—Sí. Es que me he quedado adormilado hacia mediodía y al abrir los ojos estaba de pie en una calle a reventar, rodeado de carruajes de mulas y qué sé yo.

—Estás loco —dijo alguien.

Vi que Albert me hacía la señal de advertencia de que había blancos cerca. Luego oí movimientos torpes en los matorrales y supe que eran los críos aquellos.

—Les digo, m'he encontrao el sombrero colgao de un clavo. Yo no lo he puesto ahí, he dicho. ¿Cómo ha llegao ahí? Y m'he dao cuenta de que han sío las brujas. No las he visto, pero han sío ellas. Y una de las brujas, la que me se ha llevao el sombrero, me ha mandao a Nueva Orleans. ¿Lo pueden creer? —Mi cambio de dicción alertó al resto de la presencia de los blancos. Así pues, mi actuación para ellos se convirtió en el marco de mi narración. Mi historia pareció menos inventada cuando se volvió un juego real con los chicos.

—No me digas —dijo Doris—. Pos a las brujas no hay que buscarles las cosquillas.

—Ahí tienes razón —dijo otro hombre.

Oímos que los críos soltaban unas risillas.

—Así pues, estaba yo en Nueva Orleans, ¿y saben qué? —dije—. Pos que de pronto me aparece un brujo detrás. Y me dice: «¿qué haces tú en esta ciudá?». Le digo que no tengo ni idea de cómo he llegao aquí. ¿Y saben qué me dice? ¿Saben qué me dice?

—¿Qué te dijo, Jim? —preguntó Albert.

—Me dijo: Jim, sé un hombre libre. Y me dijo que naide me iba a volver a llamar negro.

—Madre de Dios —gritó Flaco, el herrador.

—Me dijo el demonio que podía comprarme lo que quisiera por la calle. Que me podía comprar whisky si quería. ¿Qué les parece?

—El whisky lo carga el diablo —dijo Doris.

—Da igual —dije—. De verdad da igual. Dijo que si lo quería era pa' mí. Y tó lo que quisiera. Pero me daba igual.

—¿Por qué? —preguntó un hombre.

—Primero, porque al sitio aquel me había mandao el demonio. No era real, era un sueño. Y porque no tenía guita. Así de simple. Así que el demonio chasqueó los dedos sucios y me mandó de vuelta a casa.

—¿Y por qué hizo eso? —preguntó Albert.

—Carajo, pos porque en Nueva Orleans no te pués meter en problemas si no tienes guita, da igual que sea un sueño —dije.

Los hombres se rieron.

—Eso he oído yo también —dijo un hombre.

—Espera —le dije—. Me paíce que estoy oyendo a un demonio de esos en las matas. Dame una antorcha pa' que pueda dar luz a esas matas. A las brujas y a los demonios no les gusta estar rodeaos de fuego. Se derriten como manteca en una parrilla.

Nos reímos todos al oír cómo los blancos salían pitando.

Después de pisar la noche anterior aquellos tablones que chirriaban, ya sabía yo que la señorita Watson me haría clavarlos y arreglar el escalón suelto. Esperé hasta media mañana para no despertar a ningún blanco. Dormían como marmotas y siempre se quejaban de que se habían despertado demasiado temprano, daba igual cómo de tarde fuera.

Huck salió de la casa y se me quedó mirando unos minutos. Estaba pululando como cuando tenía algo en mente.

—¿Por qué no estás corriendo por ahí con tu amigo? —le pregunté.

—¿Quién? ¿Tom Sawyer?

—Ese será, supongo.

—Seguramente estará durmiendo todavía. Seguramente se ha pasao la noche despierto atracando bancos y trenes y cosas de esas.

—¿Eso hace?

—Eso dice. Tíe dinero, así que se compra libros y se pasa el día leyendo aventuras. A veces no sé qué pensar de él.

—¿Qué quieres decir?

—O sea, encontró una cueva y a veces vamos y nos juntamos con otros críos, pero cuando llegamos siempre tíe que ser el jefe.

—¿Ah, sí?

—Y tó es por los libros esos que lee.

—¿Y eso te da mala espina?

—¿Por qué dice la gente eso? «Dar mala espina».

—Bueno, me paíce a mí, Huck, que es como si te dan un pescao que tíe una espina dentro que no se ve, y cuando te lo comes, si no andas con mucho cuidao...

—Ya lo pilló.

—A veces paíce que a los amigos hay que aguantarlos y ya está. Al final, van a hacer lo que quieran.

—Jim, tú llevas las mulas y arreglas las ruedas de la carreta y ahora estás arreglando el porche este. ¿Quién te ha enseñao a hacer toas esas cosas?

Me detuve, miré el martillo que tenía en la mano y le di la vuelta.

—Pos es una buena pregunta, Huck.

—¿Quién fue?

—La necesidad.

—¿Qué?

—La nesetidá —me corregí—. La nesetidá es cuando tíes que hacé una cosa porque no hay más remedio.

—¿Y qué pasa si no?

—Pos pasa que te llevan al poste y te azotan o te llevan río abajo y te venden. Tú no te has de preocupar d'eso.

Huck miró al cielo. Lo pensó un momento.

—Mira que es bonito mirar el cielo cuando no hay nubes y es tó azul. He oído que hay azules distintos que tienen

nombre. Y rojos también. Me pregunto cómo llamarán a ese azul.

—Azul turquesa —dije—. Como los huevos del petirrojo.

—Es verdad, Jim. Parece un huevo de petirrojo, pero sin manchas.

Asentí con la cabeza.

—Por eso hay que mirá más allá de las manchas.

—Huevos de petirrojo —repitió Huck.

Nos quedamos sentados un momento más.

—¿Qué más te reconcome? —le pregunté.

—Creo que la señorita Watson está loca.

No dije nada.

—Siempre está hablando de Cristo y de rezar y de esas cosas. Tié a Jesucristo en el seso. Me ha dicho que rezar me ayudará a ser más generoso con el mundo. ¿Eso qué carajo significa?

—No digas palabrotas, Huck.

—Pareces ella. No veo por qué tengo que estar pidiendo cosas pa' que nadie me las dé y aprender la lección de que no me den lo que pido. ¿Qué lógica tiene? Es como rezarle al tablón ese.

Asentí con la cabeza.

—¿Dices que sí porque es verdá o porque no?

—Digo que sí ná más, Huck.

—Estoy rodeao de chiflaos. ¿Sabes qué hizo Tom Sawyer?

—Dímelo, Huck.

—Nos hizo jurar con sangre que, si alguien cuenta secretos de la banda, mataremos a toa la familia de esa persona. ¿No te parece de locos?

—¿Cómo se jura con sangre?

—Pos te tienes que hacer un corte en la mano con una navaja y darle la mano a tós los que han hecho lo mismo. Ya sabes, pa' que las sangres de tós se mezclen bien. Y entonces son hermanos de sangre.

Le miré las manos.

—En vez de eso escupimos. Tom Sawyer dijo que servía igual y que no podíamos atracar un banco con las manos toas cortás. Un chico se puso a llorar y dijo que se iba a chivar y Tom Sawyer le hizo callar dándole cinco centavos.

—¿Y tú no me estás contando secretos ahora mismo? —le pregunté.

Huck hizo una pausa.

—Contigo es distinto.

—¿Porque soy un esclavo?

—No, no es por eso.

—¿Pos por qué?

—Porque eres mi amigo, Jim.

—Vaya, gracias, Huck.

—No se lo contarás a nadie, ¿verdá? —Me miró con cara de preocupación—. Aunque vayamos a atracar un banco. No lo contarás, ¿verdá?

—Sé guardar secretos, Huck. Y también te puedo guardá el tuyo.

La señorita Watson se acercó a la puerta mosquitera y dijo entre dientes:

—¿No has acabado con el escalón, Jim?

—Pos sí que he acabao, señorita Watson —dije.

—Es un milagro con el niño ese hablando por los codos. Huckleberry, haz el favor de entrar y hacer tu cama.

—Pero si la voy a deshacer otra vez esta noche —dijo Huck. Se metió las manos en los pantalones y se quedó allí meciéndose, como si supiera que se había pasado de la raya.

—No me hagas salir a buscarte —dijo ella.

—Te veo aluego, Jim. —Huck entró corriendo en la casa, pasando de costado junto a la señorita Watson como si estuviera esquivando un sopapo.

—Jim —dijo la señora Watson, mirando hacia la casa, en dirección a Huck.

—¿Señora?

—Me he enterado de que el padre de Huck ha vuelto al pueblo. —Me pasó al lado y miró el camino.

Asentí con la cabeza.

—Sí, señora.

—Ten vigilado a Huck —dijo.

No entendí exactamente lo que me estaba pidiendo que hiciera.

—Sí, señora. —Devolví el martillo a la caja—. Señora, ¿qué es lo que tengo que estar vigilando sactamente?

—Y ayúdale también a andarse con cuidado con el Tom Sawyer ese.

—¿Por qué me dice usted tó esto, señora?

La anciana me miró y a continuación miró el camino y el cielo.

—No lo sé, Jim.

Reflexioné sobre lo que había dicho la señorita Watson. El tal Tom Sawyer no suponía realmente ningún peligro para Huck, solo una especie de diablillo que se le posaba en el hombro para decirle burradas. El hecho de que hubiera vuelto su padre, en cambio, ya era otra cosa. Era posible que hubiera vuelto sobrio, pero también que hubiera vuelto borracho. En cualquiera de aquellos dos estados siempre le arreaba palizas al pobre chico.